

varones más eminentes de todos los partidos, en quienes procuraba infundir sus propios sentimientos. Figuraban entre ellos un brillante joven suizo, de origen francés, Benjamín Constant, que empezaba ahora, por luminosos escritos contra el Terror y contra la reacción, su carrera consagrada á la defensa de la libertad; y el obispo de Autun, Talleyrand, refugiado en América desde el año noventa y tres y que acababa de ser borrado de la lista de los emigrados. Ambos adquirieron en breve gran reputación política, mediante el círculo Constitucional, dirigido por la colosal inteligencia del segundo. Llevar al ministerio á un estadista tan consumado como Talleyrand, reforzar con su influencia y sus talentos el decadente prestigio del gobierno, era lo que madama Staël pedía todos los días á Barras. De su parte ponía el recomendado todo lo que sabía, y sabía tanto, en el arte de conocer y tratar á los hombres, que no tardó en captarse el favor de Barras, quien, de acuerdo con Rewbell y Reveillere, determinó llevar á cabo la modificación ministerial, mandando á decir á Carnot, por el diputado Portalis, que propusiese al Directorio la separación de los cuatro ministros jacobinos y él le apoyaría. Tal hizo Carnot en la sesión del diez y seis de Julio, proponiendo á sus compañeros la destitución de los ministros de Negocios Exteriores, de Justicia, de Marina y de Hacienda, por haber perdido la confianza del Cuerpo Legislativo. Rewbell y Reveillere se opusieron, fundándose en que el someterse á las ideas de la mayoría de los representantes, extraviada á menudo por jefes astutos ó pérfidos, sería sentar un principio funesto, y en que los individuos del gobierno estaban más obligados que ningún otro ciudadano á obrar conforme á su criterio. Nada de esto le extrañó á Carnot. Lo que le sorprendió y llenó de asombro fué el oír decir á Barras: «También yo quiero salvar la libertad, y rechazo con indignación todo género de influencias. El Directorio no debe apartarse de su camino, ni por los Consejos, ni por ningún poder del mundo. Pido la discusión inmediata de todos los ministros». Carnot se halló en minoría. En la discusión, que se abrió enseguida, Merlin y Ramel continuaron en sus puestos por tres votos; por los mismos tres votos cesaron los amigos de Carnot, Cochon, Benezech y Petiet, y por los cinco, Delacroix y Truguet. Reemplazaron á los ministros salientes Talleyrand en lo Interior, Hoche en Guerra, Preville en Marina y en Policía Laroche, literato incapaz, que fué sustituido á los pocos días por un fanático jacobino, Sotin. Hoche renunció, por no tener la edad reglamentaria, y fué nombrado en su lugar el general Scherer, antiguo jefe del ejército de Italia.

Tuvo esta escena, tan parecida á la jornada de los Tontos, consecuencias bien graves: el ministerio fué desde ahora revolucionario, y el Directorio quedó dividido no solo por la oposición de principios políticos, mas también por el odio personal de Barras y de Carnot, el engañador y el engañado. Los diputados se alarmaron á medida que se enteraron del raro suceso, creyendo próximo un golpe de Estado. Les confirmó en estos temores otra no menos peregrina noticia. Se supo que fuertes columnas del ejército del Sambre traspasaban

alrededor de París el perímetro de seis miriámetros, que el artículo sesenta y nueve de la Constitución prohibía á las tropas traspasar; que cuatro regimientos de caballería de cazadores habían entrado en Ferte-Alais, que destacamentos de infantería ocupaban á Soissons y Etampes, y que oficiales y soldados se desataban en invectivas contra los clichianos y en terribles amenazas contra los Consejos. El veinte de Julio, los Quinientos acordaron, después de violenta discusión, enviar un mensaje al Directorio pidiendo explicaciones de la infracción constitucional. Pichegru se aprovechó de la ocasión para proponer el restablecimiento de la guardia nacional, compuesta no más que de burgueses é independiente del Directorio, y Gibert reprodujo, con ligeros cambios, sus conclusiones sobre las operaciones del Tesoro. En este momento se recibió la respuesta del Directorio al mensaje, que la Cámara escuchó con febril ansiedad. «Es cierto, decía el gobierno, que cuatro regimientos de cazadores debían pasar por Ferte-Alais, de camino para un punto remoto; el Directorio no lo ha sabido hasta ayer por el ministro de la Guerra, é inmediatamente ha hecho cambiar el itinerario; esta falta se ha debido, sin duda, á la distracción de un comisario de guerra». La ignorancia del Directorio y la distracción del comisario causaron general asombro, del que se hizo intérprete Doulcet, uno de los jefes del partido constitucional. «¿De cuándo acá, exclamó, comisarios de guerra dan órdenes de marcha nada menos que á regimientos? ¿Cómo el Directorio ha podido ignorar estos movimientos de tropas? ¿Es que no tenemos gobierno? No hay duda que se ha despedido á Petiet, porque su honradez no se prestaba á semejantes infracciones». Se nombró, á propuesta suya, una comisión para abrir una información sobre el asunto. Era cierto, sin embargo, lo que declaraba el Directorio. De lo convenido con Hoche, Barras no había dicho una palabra á Rewbell y Reveillere, los cuales participaron de la general sorpresa y condenaron la intentona por desatinada. El mismo botarate de Barras acabó por desaprobarlo, dejando á Hoche en las astas del toro. Todavía trabajó el cándido general, ignorante de la perfidia de su amigo, por reanimar á éste y llevarle á tomar una resolución. Pero los triunviros temieron. Scherer ordenó á las tropas retirarse, y Hoche regresó enfurecido á su cuartel general de Giesen, diciendo, á quien quería oírlo, que el Directorio le había engañado villanamente, pidiendo una información militar sobre sus actos, publicando furibundos escritos contra sus acusadores y amenazando con dar á la publicidad toda su correspondencia. Hoche no tenía razón; la culpa del fracaso era suya, por haberse metido en lo que no entendía. Ni por la rectitud de sus intenciones ni por la nobleza de su carácter, servía para conspirador. Vamos á ver cómo lo que fracasó en sus manos se logró en las de Bonaparte.

Ya sabemos cómo pensaba este general. Incoloro hasta entonces en política, necesitaba, para realizar sus ambiciosos planes, desplegar una bandera, inspirar valor á sus amigos, terror á sus adversarios y asegurarse la adhesión de las tropas. Parecióle, al efecto, día á propósito el catorce de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla. Dispuso repartir

en este día nuevas banderas á los batallones, celebrar brillante parada y obsequiar á los soldados con banquetes y bailes. No faltó la correspondiente proclama, en la que afectó ardiente republicanismo. «Soldados, les dijo, montañas nos separan de Francia; las pasaréis con la rapidez del águila, si es preciso, para mantener la Constitución, defender la libertad, proteger al gobierno y á los republicanos. Los realistas serán hechos polvo desde el instante en que aparezcan. Juremos por los manes de los héroes que han muerto á nuestro lado en defensa de la libertad, juremos guerra implacable á los enemigos de la República y de la Constitución». Esta conmovedora proclama enardeció á los soldados, que amaban aún sinceramente á la república y estaban por la patria antes que por su general. Durante el banquete, Bonaparte evocó los manes de los hermanos muertos. «Velen en torno de nosotros, dijo, y librennos de las asechanzas de nuestros enemigos». Los generales imitaron su ejemplo, y llovieron los brindis: «¡Por la Constitución! ¡Por el Directorio! ¡Por la reemigración de los emigrados repatriados! ¡Por la destrucción del club de Clichil!» Escenas semejantes se produjeron en todas las guarniciones, y en todas, oficiales y soldados firmaron adhesiones prodigando las más violentas injurias y amenazando de muerte á los realistas, á los clichianos y á la mayoría de los Consejos. Bonaparte envió el quince todos estos escritos al Directorio, acompañándolos con una carta, más apasionada aún que la del doce de Méssidor. «El club de Clichy quiere marchar sobre mi cadáver para llegar á la ruina de la República. Ciudadanos directores: urge tomar un partido; si necesitáis de la fuerza, aquí están los ejércitos. La corte de Viena aplaza las negociaciones, esperando el desenlace de nuestra crisis interior». El diez y siete escribía de nuevo: «¿Queréis salvar á cincuenta mil de vuestros mejores soldados que costará la próxima campaña? Romped las prensas de los periódicos realistas vendidos á Inglaterra y cerrad el club de Clichy. ¡Dominamos á Europa, y no hemos de poder reducir á la obediencia una gaceta de Luis XVIII! Su impaciencia creció en estos días por las malas noticias que le llegaron de Udina. Escribíale Clarke que Gallo, después de haberle entregado las dos notas que remitía, había marchado á Viena, llamado por el ministro; y las notas contenían sentidas quejas por la democratización de Génova, por la confiscación de los feudos imperiales, por las violencias ejercidas contra el duque de Módena, y la sorprendente declaración de que, según el artículo cuarto de los preliminares, la paz definitiva debería concluirse en los tres meses siguientes, no al tratado de Leoben, sino á la apertura del Congreso. Bonaparte se indignó; protestó enérgicamente contra la ocupación de Istria y de Dalmacia por los austriacos, y, á no haber estado pendiente en Lille la negociación con Inglaterra, habría roto en el acto las hostilidades.

Astuto y precavido, Bonaparte había enviado á París á su ayudante Lavalette, para anunciar al Directorio la remesa de tres millones y para que estudiase sobre el terreno el estado de los partidos. En sus cartas, Lavalette pintábale el odio que dividía á las faccio-

nes y la irresolución que reinaba en todas las esferas. «Un hombre es lo que aquí hace falta», decíale el veintitrés de Julio. En vista de estos informes, Bonaparte calculó que debía quedarse á la capa y limitarse á enviar á los directores persona á propósito para realizar sus planes. Fijóse en Augereau, que partió para París el diez y siete de Julio, llevando los originales de las adhesiones del ejército. Jacobino ardiente, matón infatigable, poseído de su mérito y ganoso de ostentar sus energías, era Augereau, por su presunción y su temeridad, el carácter mejor cortado para el golpe que se maquinaba. El triunvirato le recibió como á su salvador. «Su llegada; vociferó Barras, ha hecho palidecer á más de un rostro». El diez de Agosto se le nombró comandante de la división militar de París, y, al día siguiente, el Directorio publicó íntegras las adhesiones del ejército de Italia, con la descripción oficial de la fiesta. Los jacobinos volvieron á levantar cabeza. ¡Cómo no, si el nuevo comandante no se recataba de decir: «He venido para exterminar á los realistas», y en una gran tertulia dada por Barras, se discutió sin rebozo acerca de los medios de expulsar á los emigrados repatriados ó arrojarlos al Sena! Augereau se puso en relación con Hoche, que había hecho celebrar á su ejército el aniversario del diez de Agosto, como Bonaparte el del catorce de Julio. Pero ¡qué diferencia de lenguaje entre uno y otro general! Hoche habló á sus «soldados-ciudadanos», no de gloria y riquezas, sino de abnegación y virtudes; les bosquejó á grandes rasgos el curso de la Revolución, desde la Constituyente, á la que hizo plena justicia, hasta «la jornada del diez de Agosto, en que acabó la dominación de los reyes», y desde «esta jornada, para siempre memorable», hasta la paz «otorgada por la República á las potencias coligadas y vencidas».—«Antes de deponer las armas, continuó, tal vez tendremos que asegurar la paz interior contra fanáticos y rebeldes á las leyes republicanas, que meditan retrotraer á Francia á la esclavitud de la que la habéis redimido para siempre. Piensan en una disolución social....; pero seguro estoy de que vuestra presencia y la firmeza del gobierno bastarán para salvar la Constitución, que yo con vosotros juro mantener». Hubo también brindis y adhesiones no menos entusiastas y expresivos que los de las tropas de Italia. Esta fiesta del ejército del Sambre acabó de envalentonar al Directorio, que siguió depurando á toda prisa las administraciones civiles y militares, y confiriendo de nuevo los cargos á los más viciosos terroristas. Carnot seguía trabajando por la conciliación. Habló con Lavalette, lamentándose de las violencias de todos y mostrándose dispuesto á dimitir si se llegaba á emplear la fuerza; habló con Augereau, á quien halló estúpidamente presuntuoso y admirador de la inquebrantable firmeza del Directorio. No tardó Carnot en convencerse de que trabajaba para el diablo. En la sesión que celebró el Directorio el diez y seis de Agosto, exponía, con motivo de la negociación con el Austria, la consideración de que un tratado que tuviese por base los preliminares sería conveniente y honroso, cuando Barras le interrumpió bruscamente: «Tú eres un miserable traidor; has vendido á la República y quieres degollar á sus defensores.

Infame malvado, cada pulga de tu cuerpo debe escupirte á la cara». Carnot, por un milagro de prudencia, se limitó á contestar: «Desprecio tus provocaciones; ya llegará el día de la respuesta». Inmediatamente escribió á Bonaparte exponiéndole la situación del país, tal como la comprendía, y excitándole á concluir pronto la paz con el Austria. Á buen santo recurría, precisamente al más interesado en que la mar se revolviere, para pescar el supremo poder que codiciaba.

La lucha abierta entre los altos poderes del Estado paralizaba la actividad política, así en lo interior como en lo exterior. Los legisladores pasaban el tiempo en los asuntos que interesaban á su seguridad, en la ley sobre la Guardia nacional y los clubs, en la discusión, nunca terminada, acerca de la marcha de las tropas, en las adhesiones y en los asuntos de Hacienda. En lo exterior, paralizada seguía la negociación con el Austria, y no adelantaba un paso la entablada en Lille con Inglaterra. Seis semanas habían transcurrido desde la llegada de Malmesbury á esta ciudad, sin que se hubiese logrado acuerdo sobre un solo punto. Eran negociadores, por parte de Francia, el exdirector Letourneur, Pleville, más tarde ministro, y Maret, recién salido de la cautividad del Austria. Después del cambio de poderes, los franceses formularon tres exigencias, importantísimas, en su sentir, para empezar la negociación, á saber: que el rey de Inglaterra abdicase su antiguo título de rey de Francia; que restituyese todos los navíos que había apresado en Tolón, ó pagase una indemnización equivalente, y que renunciase á cualquier hipoteca que hubiere dado el Austria sobre Bélgica por subsidios. Malmesbury hizo notar las dificultades que traerían estas exigencias, de las cuales unas eran impertinentes y las otras carecían de fundamento. Preguntó enseguida si el Directorio tenía proyecto de tratado, y como Letourneur respondiese negativamente, presentó el suyo, basado en el principio de las concesiones recíprocas; esto es, que, á cambio de reconocer á Francia todos los territorios conquistados, ésta respetaría á Inglaterra algunas de las adquisiciones coloniales, como la isla Trinidad, en las Indias occidentales, y, á expensas de Holanda, el cabo de Buena Esperanza y la isla Ceilán. Contra este arreglo se recibió de París, el quince de Julio, la declaración de que el Directorio, en virtud de sus tratados de alianza, debía pedir, como condición previa de la negociación, la restitución de todas las colonias que los ingleses hubiesen arrebatado así á Francia como á sus aliados. Malmesbury respondió sin vacilar que semejante pretensión paralizaría el curso de las negociaciones, porque Inglaterra jamás se resignaría á quedarse sin compensación. Estimando la pretensión injusta, Maret pidió á París nuevas instrucciones. Pero se estaba en la crisis provocada por el cambio de ministerio y los movimientos inconstitucionales de tropas. Carnot quería la paz con Inglaterra; el triunvirato, la guerra, y semanas se pasaron sin que se enviase respuesta á Lille. Con razón Malmesbury escribió á Pitt que la negociación dependía de la lucha política que se había entablado en París. Talleyrand creyó poner una pica en Flandes obteniendo de Aranjó, em-

bajador de Portugal, un tratado separado con este reino; pero una ligera indicación de Inglaterra bastó para que el ministro Pinto declarase que la reina María no ratificaría el tratado. En suma: que la negociación siguió en suspenso, sin que hubiese términos de lograr reanudarla mientras no se resolviese la crisis.

La solución de ésta parecía estar próxima. Rewbell, Barras y Augereau se ocupaban sin cesar en preparar el golpe de Estado; doce mil hombres del ejército del Sambre se hallaban acampados alrededor de París, en el límite del círculo constitucional; hormigueaban en la ciudad tipos sospechosos de *panteonistas* y *babuistas*; los soldados maltrataban á los realistas que salían á la calle con capotes grises de cuello negro, y á todas horas se repartían manifiestos belicosos y violentos. Las apariencias eran de que, de un instante á otro, iba á darse el golpe; pero los días transcurrían y el golpe no se daba. Lavalette explicaba esta tardanza á Bonaparte, no por falta de certeza en la victoria, sino por temor á las terribles consecuencias que pudieran sobrevenir. Augereau trinaba contra estos temores. «El plan va siempre adelante, escribía á Bonaparte, y su ejecución pondrá remedio á todo, á pesar de la flojezad de los trabajos y de la molicie de los agitadores». Tenía preocupados á éstos también la actitud de Bonaparte, que había dejado de escribirles, no les enviaba los tres millones prometidos y hacía insinuar, entre los moderados, que las adhesiones del ejército habían ido más allá de sus propósitos. Barras estaba furioso contra Lavalette, á cuyas comunicaciones atribuía, no sin razón, la frialdad del General. Éste, para caminar sobre más seguro, envió á París á Bernadotte, republicano sincero, tan juicioso y prudente como Augereau era turbulento y fogoso. Sus cartas confirmaron á Bonaparte en el retraimiento. «Toda conmoción mal dirigida, escribíale, no puede menos de ser funesta á la libertad». Combate el que «la voluntad suplante al derecho», y que «el poder ejecutivo se erija en poder dictatorial». No cree necesario un golpe de Estado para salvar á la República, y juzga á Pichegru persona de mala intención, pero sin dotes para jefe de partido y falto de fuerza. Así andaban de medrosos y vacilantes los revolucionarios. Mayor aún era la incertidumbre en la mayoría de los Consejos, por la diversidad de los elementos que la componían. De los setecientos cincuenta diputados, el Directorio contaba ciento noventa realistas, cifra exagerada, si hemos de entender por tales á los que prestaban concurso activo á la conjuración. Á su cabeza se hallaba Pichegru, de cuya traición Bonaparte había enviado al Directorio, por Bernadotte, una prueba, que había arrancado en Venecia al emigrado Entraignes, llamado «el Marat realista», por el furor de sus folletos. Pero la tal prueba, consistente en un relato de los tratos de Pichegru con el príncipe de Condé, no bastaba, porque Entraignes pudo haber mentido. Fehaciente era la que poseía Moreau, la propia correspondencia de Pichegru, que halló en el carro de un general austriaco; pero Moreau, por respeto al que había sido su jefe, no tuvo valor para enviarla á París. Hacia mediados de Agosto, cuando se descubrieron las intenciones del